



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 34.

JUEVES 20 DE OCTUBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL CRISTIANISMO Y SUS PERSECUCIONES, por José Pastor de la Roca.—TANTO VALES CUANTO TIENES: novela, por Aureliano Ruiz.—VIAJES: Hungría. (Continuacion), por J. Marmier.—MAS SOBRE EL CIGARRO, por Pedro F. Reymundo.—AL INSPIRADO AUTOR DEL DRAMA VENGANZA CATALANA: un saludo, poesia, por Tomás y Salvany.—LOS CUATRO ENRIQUES, por Ramon de Satorres.—VIAJE DE ANDEIXDEF Á LAS REGIONES SUBMARINAS.—LA VENGANZA DE UN ÁRABE: (memorias de un anacoreta), por M. Seco.—MÁXIMAS.

EL CRISTIANISMO Y SUS PERSECUCIONES.

Hay una religion suprema sobre todas, cuyo martirologio heroico brilla en sus fastos providenciales, sublime, augusto, al través de los siglos, entre todas las religiones del Universo, y que absorbe y arrastra, por decirlo asi, con su poderosa influencia la admiracion, la voluntad y la simpatía de la razon armonizada en concordancia mútua con sus caritativos preceptos.

Tal es el cristianismo, fórmula aplicada del criterio filosófico, bella teoría elevada á la práctica, que sancionando con el ejemplo sus preceptos, constituye el bello ideal esencialmente místico del espíritu rehabilitado en fuerza de esa virtuosa abnegacion que sella el tipo de la alta y saludable mision que ejerce en la sociedad, restaurada bajo su poderosa influencia.

Purificada por el martirio que fortalece la fe, divinizándola, y eslabonando esa cadena misteriosa hasta el cielo, la religion de Jesucristo, blanco de sus perseguidores hasta un punto sistemático basado siempre en la obcecacion y en la injusticia, cuenta en sus gloriosos anales veinte y seis grandes persecuciones, siendo entre ellas las principales que merecen este nombre, catorce procedentes de los césares ó emperadores romanos en los primeros siglos de la Iglesia; verdaderas proscripciones, sangrientas luchas victoriosamen-

te sostenidas siempre por los dignos campeones de esas mismas creencias que han venido á operar una revolucion moral en la sociedad al través del caos de las preocupaciones. Rasgos de increíble constancia, de un valor sobrenatural á toda prueba, han enaltecido la terrible importancia de esa prolongada lucha de la persuasion contra la fuerza bruta en el trascurso de los siglos y sus vicisitudes, pléyada sublime que no ha sido otra cosa que un continuado poema rociado de sangre y lágrimas entre himnos y laureles de gloria arrancados por la fe con la victoria y el trofeo.

La primera de esas cruzadas tuvo principio en el año siguiente á la muerte de Jesucristo, y San Estéban fue el proto-mártir de la nueva fe, el cual, condenado y muerto á pedradas en Jerusalem, abrió con su nombre la inauguracion de ese sangriento registro martiroológico que todavia no se ha cerrado, y que, segun las divinas promesas, durará hasta la consumacion de los tiempos.

La persecucion, personal hasta entonces, empezó á tomar el carácter de colectividad, recrudeciéndose gradualmente la primera, algun tanto aplazada pero no vencida, en el año 64 bajo el imperio de Neron, quien al mandar incendiar la ciudad de Roma para proporcionar con ello un placer inicuo á su crueldad, quiso á la vez hacer recaer en los cristianos la responsabilidad de este odioso crimen que dió nuevo pretexto á sus rencores, utilizando para ello y explotando ese espíritu de animadversion que hacía el nuevo dogma profesara el pueblo romano. San Pedro y San Pablo figuran en primer orden al frente de esa segunda edicion oficial autorizada por un edicto imperial, cuyos efectos sanguinarios cesaron á la muerte del tirano acaecida en el año 68, despues de cuatro años de inusitado rigor.

En el 90, otro edicto del cruel Domiciano, autorizó la tercera cruzada promovida por la supersticion y el fanatismo gentílico, ó mas

bien por el miedo servil del emperador á las profecías bíblicas y al ascendiente que en cierto modo empezara á recobrar la nueva creencia: interpretábase necia y literalmente el testo figurado de los Evangelios y de los libros santos, llegando, en fin, á tal extremo el rigor, que alcanzó hasta á algunos individuos de la familia del monarca mismo.

Exigencias de gran peso obligaron al emperador Trajano, uno de los mas justos y prudentes hasta entonces, á decretar edicto prohibiendo las asambleas del culto cristiano, como contrario al rito gentílico que era la religion del Estado, constituyendo la cuarta persecucion, una de las mas violentas, como que el mismo emperador, cuyo corazon era generoso y verdaderamente magnánimo, convencido prácticamente de que era insuficiente el número de verdugos para ejecutar tanto suplicio sin alcanzar á estirpar esa raza cada vez mas numerosa y heroica, mandó suspenderlos, dando asi una tregua á esa tempestuosa borrasca, á ese huracan sangriento que regara la tierra por do quier en la capital del imperio y aun fuera de ella, haciendo brotar nuevos retoños.

A su vez luego Adriano, comprometido por circunstancias puramente políticas, hubo de inaugurar el año 118 la quinta persecucion del nuevo culto, hasta el de 126 en que el tirano, asustado de tanta sangre que encharcara los circos y los anfiteatros, proporcionando asi un entusiasmo frenético á aquel pueblo ébrio hasta la barbarie, aunque sin alcanzar á contener los progresos del cristianismo, mandó dar una tregua á las ejecuciones que volvieron sin embargo á reproducirse con mas tenacidad en los últimos años de su reinado.

En el año de 138, durante el imperio de Antonino, tuvo lugar la sexta persecucion, tolerada mas bien que promovida, hasta el de 153 en que el monarca, perplejo y vacilante ante la constancia de la nueva fe, rindió á ésta tributo de adoracion, buscando á la vez en sus

aras como en las de los dioses gentílicos, un consuelo á las calamidades públicas que afligieran al imperio romano, y cesando por consiguiente la iras de la proscripción durante algún tiempo.

El período que media desde 161 á 174 marca la sétima cruzada que produjo millares de mártires durante esos doce años de fatal recuerdo, sangriento borron que viene á oscurecer la memoria de Marco Aurelio, ese príncipe de tan incalificable carácter en la historia bajo cierto punto de vista. Luego por una estraña reaccion, revocáronse los edictos, convirtiéndose tanto rigor en una franca y abierta protección que venia á reparar tanto ensañamiento y sistema, y dando, en fin, á la religion del Crucificado un dilatado descanso, propagándose á la sombra de la tolerancia el admirable círculo de sus conquistas.

Hacia fines del segundo siglo, en tiempo del emperador Severo, decretóse una nueva ley de proscripción, fundada en cierto modo, contra los judíos y los gnósticos, que se hizo extensiva luego á los cristianos, los cuales no pudieron ejercer públicamente su culto hasta la muerte del referido soberano acaecida en 211 en que con dicho acontecimiento terminó el rigor de la octava cruzada.

La novena tuvo lugar el año 235 en que el emperador Maximino se propuso un imposible donde vino á estrellarse su odio al nombre cristiano y sus esfuerzos supremos por esterminarlo: ensañábase su crueldad especialmente en los confesores ó directores encargados de la propaganda de las nuevas doctrinas, consiguiendo así solo por de pronto la dispersion de los neófitos, y con ello la confirmación práctica de las palabras proféticas del Salvador en los dias de su Pasión: *Percutiam pastorem; et dispergentur oves grægis*.

Bien presto esos heroicos soldados de la fe volvieron á reforzar sus filas redoblando sus proezas y dilatando el vuelo de sus conquistas, hasta que el nuevo emperador Decio en 249 dió mayor impulso á la persecucion, inaugurando la décima con una crueldad inaudita que hizo correr en abundancia la sangre. Su sucesor Galo, cediendo á imperio as exigencias, mandó suspender por un tiempo dado y solo condicionalmente, aquella redoblada serie de suplicios; pero al fin, vencidas aquellas y rompiendo por todo género de consideraciones y obstáculos, se declaró de nuevo vigente el edicto de Decio, ratificado luego en el año 257 por Galiano y Valerio que lo ampliaron á su vez hasta un punto de proscripción general contra el cristianismo, que fue la undécima y cuya duracion fue de tres años poco menos.

La duodécima tuvo efecto en 273 durante el imperio de Aureliano; pero fue súbitamente reemplazada por un dilatado período de paz apenas alterada (años 275 á 303). Los anales coetáneos solo hacen mérito de un grande y sangriento suceso en ese tiempo, la ejecucion en 286 de la legion Tebana, que mas bien fue un rasgo de disciplina militar fundada en un acto de insubordinacion por haberse negado á asistir á cierta ceremonia gentilica en que solia tomar parte todo el ejército.

Vino luego con Diocleciano y Maximino en el año 303 la decimatercia persecucion, la mas cruel y prolongada hasta entonces, debida no á ellos solamente, si que tambien y acaso con mayor fundamento á Galerio y Constancio Cloro. Pero al extremo á que habia llegado ya la propaganda, era de todo punto imposible oponer un dique á sus progresos; circunstancia que irritaba mas todavía á esos orgullosos tiranos, dueños del mundo, pero cuyo poder no podia alcanzar á aniquilar á esos pobres retoños de la Cruz tan perseguidos, si bien coronados siempre con el laurel del triunfo sobre la razon filosófica y sobre los corazones: en vano se les intimidaba en los tribunales, en las Curias y en las Basílicas, dando á sus actos jurídicos una forma sombría y aterradora, rodeándose de una pompa soberbia, de un aparato inútil, de soldados armados de espadas, alabardas y escudos; en vano las ham-

brientas fieras aprestaran su acerada garra, acechando en medio de feroces rugidos á esas víctimas inermes que contemplaran impávidas su pupila de fuego dilatada por el hambre... el aliento animador de Dios infundia valor á aquellas almas separadas ya materialmente, por decirlo así, del mundo, y que empezaran á remontar el vuelo á su predestinacion eterna; y cuando el apóstrofe en boca de los jueces ó de los emperadores insultaba con un reproche su causa, sonreía el mártir y respondia con su habitual modestia:

—Eramos ayer una docena de pobres mendigos, y hoy, aun á pesar vuestro, llenamos el mundo que hemos conquistado sin otras armas que la gracia de Dios y nuestra palabra.

Respuesta inofensiva, pero que venia á sublevar todavía mas el amor propio del tirano, que no vacilaba ya en fulminar el anatema jurídico que heria y mataba á la víctima.

El advenimiento y la conversion de Constantino dieron la paz á la Iglesia con el reconocimiento incondicional del cristianismo, sancionado por un pacto civil que ofrecia una reparación lisonjera á ese martirologio constante de tres siglos; pero los errores de Arrio vinieron luego á desgarrar ese mismo pacto por medio de los emperadores Constancio y Valente (años 337 á 366) que aun sin atacar en cierto modo virtualmente el dogma del catolicismo, toleraron esa propaganda funesta desplegada abiertamente y sin recato, no obstante el anatema fulminado contra sus doctrinas heréticas por el concilio de Nicea el año 325, hasta producir el lamentable cisma que trabajó á la Iglesia de una manera horrible y sangrienta.

Por fin, calmada la efervescencia que este desgraciado suceso produjera en las conciencias débiles y apagado el fuego destructor de un entusiasmo impío, parecia haberse restituido á la Iglesia una paz perpetua y duradera, una vez confundida esa perturbacion que produjeran el error y sus sectarios; pero no sucedió así; la nave de San Pedro combatida por continuas borrascas y contratiempos, vióse mas de una vez comprometida en su derrotero, que la guiara sin embargo á seguro puerto: sus peligros grandes proporcionalmente á la magnitud de la sublime empresa que se prometieran, desvaneciéndose ante la constancia de sus virtuosos intérpretes, á cuyo cargo corriera su apostolado sacro, y el puro estandarte de la fe puro y sin mancha pudo temblar al aire libre, radiante de esplendoroso triunfo obtenido á costa del error confundido por el criterio racional de la civilizacion y de la cultura.

Faltaba, sin embargo, otra peripecia en medio de ese cuadro grandioso de la Iglesia militante, cuya pureza iba á verse sometida al crisol de una nueva prueba, ruda crisis en cuyo torbellino ardía una inflamada ráfaga, un rasgo incendiario que debiera producir una conflagracion universal de Oriente á Occidente, de Norte á Sur, en el campo doctrinario de las creencias de una fe avivada prácticamente por la prescripción tradicional de los siglos: el monstruo de la heregía irguió procaz su venenosa cabeza, dirigió por do quier su mirada abominable, y vertió el primer rugido que dió la señal de esa explosion horrible que escandalizó al orbe con sus pretensiones mal encubiertas bajo un velo hipócrita. Tal es la obra atrevida cuyos primeros actores fueron Lutero, Calvino y demás sectarios en la edad media, en ese período brillante y feliz del Renacimiento, era preciosísima que resucitó la gloria de las artes y cuya época ha pasado á las futuras edades manchada con ese lunar denigrativo del protestantismo mal disfrazado con pretextos ridículos, y al cual no podrá quitarse jamás el odioso calificativo de un crimen religioso que tan fatales consecuencias trajo y que arde perenne en la historia con caracteres de sangre y fuego.

Aun á pesar de todo, es tan inmenso el poder de la verdad, tan irresistible su impulso, que esa misma nave combatida por tantos ele-

mentos, surca los embravecidos mares, izando impertérrita su luciente pabellon de triunfo y abriendo en su constante marcha esa rutilante estela riente, pura y magestuosa, sostenida por un poder sobrenatural y divino que no la abandonará jamás, segun las profecias, hasta la consumacion de los siglos.

Grande y magnífico se presenta á la consideracion imparcial del filósofo ese cuadro heroico del cristianismo luchando siempre y siempre victorioso, sin otro escudo que la razon y la fe auxiliada en verdad por un soplo germinador y vivificante que le presta aliento, aun al través de esa tempestuosa borrasca que ruge desencadenada en torno suyo y sostiene una lucha desesperada en medio de las tinieblas del egoismo, apelando con harta frecuencia al sofisma, á la impostura, y empleando en apoyo de sus falsas teorías esa arma inoble de la violencia, medio indigno que justifica siempre los fines y propósitos de la causa pérfida á que obedece.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

TANTO VALES CUANTO TIENES.

NOVELA.

I.

Nuestra época es positivista, pero positivista consumada.

Esta es una verdad innegable.

El espiritualista es, al presente, un ave rara, que dirige su vuelo á regiones, para la generalidad desconocidas.

La ciencia de los dígitos es la que impera en este bienaventurado siglo del humo.

Paso, pues, al reinado de los dígitos.

No obstante, tenemos todavía, gracias á los adelantos científicos, gentes que se elevan.

Díganlo si no las ascensiones aereostáticas.

Y basta de preámbulos y vamos al grano, que el grano que será para algunos paja, es la accion de la historia que á contar vamos y que, aunque parece cuento, no por eso dejará de ser lo que fuere.

II.

¿Conoceis á Florencio?...

Florencio es un jóven de veinte y tantos años: pasó los primeros de su juventud dedicado al estudio de las leyes, que son en su país, ni mas ni menos que en todos los países del mundo.

Se recibió, previo exámen: y aprobado *nomine discrepante*, ó lo que es lo mismo, por unanimidad, abrió su bufete, lo ofreció al público, el público contestó *de enterado* y Florencio se halló con su brillante carrera concluida el mismo día en que daba fin á su última peseta.

Huérfano y pobre ¿qué mas podia apetecer? ¿Una pistola? No era ciertamente gran remedio el del suicidio, hoy que el suicidio ha pasado á ser una medicina casera.

Además, Florencio, tenía veinte y tantos años, no lo olvidéis; y á esa edad ¡es todavía tan apreciable la vida!...

Son aun tan fragantes las flores que cultivaba el alma!...

Florencio tenía, sobre todo, dos fuertes razones para no desear la muerte; era un buen cristiano y... amaba á una virgen.

Cifraba en Isabel toda su dicha; y luego Isabel le amaba tanto!... ¡Era tan bella!... ¡tan pura!... ¡tan cariñosa!

Le habia jurado amarle hasta la muerte; ¡adorarle, hasta mas allá de la tumba!

Le habia dado su retrato y un rizo de sus negros cabellos; y el retrato y el cabello de la mujer amada son dos talismanes que, para el corazon de un jóven enamorado, valen un tesoro; la vida!

Ellos, empero, no mitigan el hambre.

¡Ya se vé, este nuestro frágil cuerpo es tan exigente!

III.

Isabel tenía todas las cualidades que se requieren hoy para ser amada.

Sabía tocar el piano primorosamente; cantaba como un pajarito, á todas las horas del día; vestía con una elegancia, verdaderamente aristocrática; recitaba los versos de Espronceda y Zorrilla, de una manera y con una entonación artística; y aunque ignoraba las varas de gró que habían entrado en su mas simple vestido de diario, su modista se encargaba de esas *frusterías* que no eran dignas de llamar su atención.

Isabel era una buena muchacha, que con otra educación diferente hubiera llegado á ser una excelente esposa y una acabada madre de familia; pero la educación que hoy reciben las jóvenes, es tan *distinguida*, que en fuerza de serlo demasiado, ya no las distingue en nada.

Sucedió lo que era natural que sucediera. Pero... vamos por partes.

IV.

En su desgracia, Florencio, tuvo una fortuna.

Su padrino de bautismo no había olvidado la obligación que tenía contraída con su desgraciado ahijado, que huérfano en la edad que mas necesitaba de la protección y apoyo de un padre, se encontraba solo y abandonado á sus propias fuerzas, sin recursos, en medio de una sociedad que apreciaba generalmente aquello que es menos digno de aprecio, y considera lo que menos consideración merece.

Florencio adquirió, gracias á la protección de su buen padrino, un medio honroso con que cubrir sus necesidades.

¡Pero cuántos afanes, trabajo y economías no le costaba ahorrar al fin de la quincena unos cuantos reales para poder asistir una ó dos veces en la semana, al teatro, y ver y contemplar en una de las primeras localidades, deslumbrante de hermosura y ostentación, á la joven que llenaba todos los momentos de su oscurecida existencia!

V.

Amaneció un día en que á Isabel se le antojó casarse.

Y esto no prueba mas, sino que la niña era antojadiza.

(Dios os libre, lectores de una novia con antojos.)

Su hermosura, que como ya hemos dicho, y por si acaso no lo dijimos lo decimos ahora, porque al fin y como dice el refrán, mas vale tarde que nunca; su hermosura le había formado un círculo de adoradores que crecía á medida que la joven se mostraba menos indiferente.

En el número no escaso de sus aficionados se contaba un alto empleado de marina, que aunque no había visto el mar mas que pintado, quiso *amarrar* en el puerto del matrimonio, y llegó á conseguirlo al cabo de algunas *viradas de bordo*.

La mañana en que Isabel tomó la precipitada resolución de dar su mano al hombre que menos sabía apreciarla, no se acordó la olvidadiza niña de que había un ser en el mundo que vivía de su amor y en él hacía consistir toda su felicidad venidera, toda su ilusión presente, todo el recuerdo de su pasado.

VI.

Isabel se casó al fin, posponiendo el amor puro y desinteresado de Florencio al mezquino interés de una posición elevada.

Hoy vemos esto como un acontecimiento natural.

Es que nos vamos desimpresionando.

El corazón no entra para nada en la existencia de algunos seres desprovistos de sentimientos dignos y honrados, y en vano es cuanto

se hable, se escriba y se piense, sobre lo que tantos han pensado, escrito y hablado de algún tiempo á esta parte, sin ningún resultado tangible.

Ni es posible reorganizar por el espíritu y el sentimiento, una sociedad que está *materializada* hasta la médula de sus huesos y cuyo móvil *único*, es la confortabilidad.

¡Dichosa época esta que atravesamos, en la que vemos sin admiración las mas extraordinarias aberraciones consideradas como simples conveniencias sociales.

¡Y dichosos también los que faltos de sensaciones pasan por este camino de la vida que vamos atravesando, sin mas aspiración que la de disfrutar (no importa cómo) de todas las comodidades apetecibles y de comer mucho, pensar poco ó nada, y dormir y gozar como goza y come y duerme un animal y un semejante!

VII.

¿Ahora queréis saber lo que aconteció á Florencio?

Justo será que os lo refiera.

El joven amante despreciado, cuando supo el casamiento de su querida Isabel, le faltó tiempo para ponerse y en cuatro pasos se puso en su casa: se encerró en su habitación; y allí donde no pudiera avergonzarse la imprudente curiosidad de persona alguna; regó, una y otra vez con sus lágrimas la limpia almohada de su modesto lecho: allí rindió el último tributo de su ternura al amor de aquella infiel que había formado en tiempos mejores, el encanto de todos sus instantes; allí oprimió con todas la fuerza de sus manos el alterado corazón, próximo á saltársele del pecho; allí encerró para siempre todas sus ilusiones de niño, todos sus ensueños de joven, todas sus alegrías de amante: allí, en fin, hubiera concluido con su triste existencia si el ángel guardian de sus días no le hubiera detenido el paso al borde ya del precipicio, donde iba á arrojarle el frenesí de aquella pasión desventurada.

Tres días de lucha: tres eternos días de llanto, con otras tantas noches de insomnio, bastaron á Florencio para tributar sus últimos recuerdos á la ilusión mas brillante de su juventud; el amor de Isabel.

A los pocos días, el que hubiera visto á nuestro joven con la palidez de la muerte en el rostro, con la mirada de la indiferencia en los ojos, y el hastío sombreando el perfil de sus labios, no hubiera podido menos de reconocer en él á la víctima de un dolor moral; al mártir de una pasión sin ventura.

VIII.

Pero como todo tiene su compensación en este pícaro mundo, la desgracia de Florencio nuestro joven infortunado, la tuvo también.

El bueno de su padrino que había seguido paso á paso todas las facetas de la vida de su ahijado, temiendo, con fundamento, que una prematura desgracia le arrebatara aquella esperanza que principiaba á acariciar en su noble pecho; puso en juego todas sus altas influencias, y consiguió para el joven y burlado amante una *Agencia consular* en Francia, como punto de partida para la creación de un porvenir de gloria y fortuna que diera cima á la obra de su protección, bajo tan buenos auspicios principiada.

IX.

Florencio partió.

Y al embarcarse para su destino en un bajel que cruzaba las pintorescas costas del mediterráneo, de pie sobre el puente, arrojó á las olas el retrato y el rizo de su infiel amada, como yo arrojo la pluma sobre el pupitre, hasta que el acaso la vuelva á mis manos para contar entonces lo que por ahora se queda en el tintero.

AURELIANO RUIZ.

VIAJES.

HUNGRÍA.

(CONTINUACION.)

Pero volvamos á la ceremonia de la consagración.

El día en que ésta se verifica, se dirige el rey á la iglesia á caballo, vestido con el traje húngaro rodeado de 12 gentiles-hombres que van á pie, sirviéndole de guardias de Corps, y de todos los magistrados de la ciudad, que le siguen descubiertos. Al llegar, se sienta en un trono colocado á la derecha del coro, y después de haber recibido las consagraciones del primado, quien le pone la corona y la capa, y recibe su juramento de gobernar con bondad y justicia, vá á la iglesia de los Franciscanos, donde arma cierto número de caballeros. Luego pasa á una de las puertas de la ciudad, delante de la cual se ha levantado un tablado, en medio de un círculo formado por el palatino; el jefe de la justicia, el canciller de la corte y otros muchos grandes funcionarios. El arzobispo de Gran lee el texto del juramento por el cual el monarca se obliga á observar las franquicias y libertades del reino. El rey debe escuchar esta lectura con un crucifijo en la mano, y en cuanto pronuncia el juramento, esclama el palatino, *¡Vivat rex!* y el pueblo repite el mismo grito con entusiastas aclamaciones. Concluida esta ceremonia, es preciso que el rey se lance á galope en un terraplen rodeado de una balaustrada de piedra y que se llama algo pomposamente la Montaña Real. Allí desenvaina la espada de San Estéban y la blande cuatro veces mirando hácia los cuatro puntos cardinales, para asegurar que está resuelto á defender por todas partes la tierra y el pueblo de Hungría. En seguida vá al palacio primacial donde está preparada la comida que le sirven altos dignatarios de la corte.

El palacio de la Dieta era una casa de sencilla apariencia. En el primer piso se encontraban bien las salas de los Estados; una de ellas, modestamente amueblada, era la cámara alta, ó como dicen los húngaros, la mesa de los magnates, presidida por el palatino; la otra, la de los diputados. En ninguna de ellas había tribuna para el orador. Las mesas estaban dispuestas de manera que todos los individuos de la cámara podían verse perfectamente. Todos hablaban y votaban desde su asiento: la noble sinceridad húngara no admitía el uso de la votación secreta.

Los días en que la Dieta volvía á empezar sus trabajos eran días brillantes para Presburgo. Entonces llegaba el palatino con su régia comitiva, los magnates con su lujo espléndido, el príncipe primado y los prelados, los diputados y todos los personajes que atraía tal reunión. Entonces ofrecían sus calles una admirable ostentación de uniformes recamados de oro y plata, de trenes y libreas. Las fiestas y las danzas se mezclaban con las animadas discusiones de la política, y muchas veces á una sesión acalorada sucedía un alegre banquete, y la sala misma donde los diputados trataban los grandes asuntos del reino, se convertía en un salón de baile.

Tiene Presburgo 40,000 habitantes, muchas grandes fortunas, y se disfruta allí de un bienestar general, consecuencia del excelente clima y de la franca expansión que resulta de un orden de cosas bastante liberal.

En medio de los diferentes brazos que forma el Danubio aparecen, en frente de Presburgo, dos grandes islas; una de 14 leguas de superficie y otra de 22, ambas son tan fecundas, que se las llama *los Jardines de Oro*. En sus orillas se ven muchas ciudades y aldeas considerables, de las cuales las mas notables son: Raab, formada á principios del siglo XI; Graub, cuya magnífica catedral se descubre desde lejos; Komsrn, á quien el Austria mira como uno de sus principales baluartes. En una de las calles de esta ciudad hay una estatua de mujer con esta inscripción: *Kom-mor (Komm-*

morgen, vuelve mañana), que es la desdeñosa invitación que la belicosa ciudad dirige á los que intentan tomarla.

Pero dejemos estos paisajes risueños y animados y descendamos á las llanuras silenciosas y tristes que llegan hasta el pie de los Carpacios.

Desde la primera cadena de estos montes se extiende hácia el Sur una llanura de mas de 120 leguas, en la cual se puede andar muchos dias sin descubrir otros límites que el cielo que les rodea. Solo al Mediodía de esta

vasta pradera aparecen elevaciones de 200 pies de altura. Entre el Theis y la Transilvania hay grandes terrenos pantanosos y arenosos. Entre estos pantanos y estos méganos hay una porción de *pontztas*, donde pacen todo el año bueyes, caballos y carneros.

La *pontzta* de Horrabagyer abraza una circunferencia de 23,000 fanegas, y se cuentan en ella 30,000 bueyes. Pero en estos inmensos espacios hay tambien alguna tierra donde se cultiva el maíz y el trigo, y maduran melones y uvas.

A pesar de su aspecto melancólico, estas *pontztas* no se hallan desiertas. El magyar las recorre en ligeros coches. El húngaro engancha á su carromato cinco ó seis caballos y los lleva á gran trote. El eslavo vá con paciencia á paso lento al lado de los suyos á llevar á Pesth vino y hierro y á traer de allí trigo para las aldeas de los Carpacios. El válaco, de anchas espaldas, vestido de una larga camisa que le llega hasta las rodillas, atada á la cintura con una correa, lleva lana, licores y cueros de la Transilvania, y con sus pesadas botas y su gor-



EL CRISTIANISMO Y SUS PERSECUCIONES.—Primeros mártires.

ra piramidal de piel, camina junto á su pequeño carruaje, haciendo de tiempo en tiempo crujir su látigo.

En las *pontztas* se encuentran algunos mesones situados á largas distancias unos de otros, y no solo son posadas incómodas, sino que en muchos de ellos no se encuentran ni camas. Los carreteros que allí pernoctan duermen por lo regular en sus coches. Pero hay cisternas donde abreven los caballos, y estas cisternas son como la muestra del figon, pues desde lejos se descubre el poste que sostiene la polea con cuya ayuda se saca el agua.

Algunas veces el miserable figon de la *pontzta* ofrece un cuadro demasiado curioso. Ciertos dias se reunen allí los pastores que durante muchas semanas, han vagado por todas partes con sus mezquinas provisiones y sienten la necesidad de disfrutar de un poco de alegría

después de su largo aislamiento. Llegan luego gitanos, que en Hungría y Valaquia han conservado mas que en ninguna parte su tipo primitivo, y algunos de estos nómadas aventureros llamados Szegeny Legeny (hijos de las estepas) que viven principalmente del robo y se sustraen en aquellas inmensas llanuras á las persecuciones de la justicia. Entonces el patron de la taberna asa un becerro ó un carnero, pone en la mesa enormes jarros de vino y los gitanos tocan sus violines ó sus tamboriles, los aventureros entonan salvajes canciones ó cuentan historias de bandidos y los pastores escuchan con la boca abierta estos relatos fabulosos. Toda la noche se pasa en una alegría tumultuosa y á la mañana siguiente cada cual vuelve á su ocupación.

Cuando ya se ha andado algunos dias al través de la *pontzta*, se llega á un suelo menos

árido, á un distrito mas habitado. Delante de nosotros se levantan chozas de cañas, ocupadas por pastores, cabañas con sus pequeños jardines, y algunos caseríos. Por todas partes se ven ya huellas de cultivo, campos sembrados, cercados donde prosperan los árboles frutales, y poco á poco se llega á la region de la *pontzta* fecundada por el trabajo del hombre, á grandes aldeas habitadas por una población activa é industriosa, á vastas posesiones donde se recogen grandes cosechas de cereales.

En el tiempo de la recolección vienen de la alta Hungría miles de eslovacos para ayudar á ella. Todos los hombres están entonces en los campos y las mujeres se ocupan noche y dia en preparar alimentos para esta legión de obreros. Por la mañana les llevan en una carreta las provisiones del dia, que consisten en pan, legumbres y cuartos de carnero. Para mante-

ner el orden entre ellos, eligen un jefe que arregla sus horas de trabajo y de descanso, y cuida de satisfacer sus necesidades. Si el dueño de la finca llega alguna vez á ella, van las jóvenes á recibirlo y lo traen enlazado en unas trenzas de cuerdas de paja. El paga su rescate con un barril de vino y la recolección concluye por un alegre banquete, danzas y cantos.

Las nuevas invenciones de América y de Inglaterra, los arados de vapor, las máquinas para trillar, no han sido aun introducidas en sus fértiles dominios. Los aldeanos han conservado sus antiguas costumbres, por desventajosas que sean. Amontonan su heno y su paja y trillan su trigo en un terreno plano, haciendo trotar sobre las gavillas una media docena de caballos que las muelen con sus cascotes hasta que salen los granos. Se comprende cuánto debe perderse con este procedimiento; pero ni los consejos ni las amonestaciones de las sociedades de agricultura, han podido todavía determinar á los obstinados agricultores de la pontza á emplear otro mejor. En seguida se pone el trigo en una especie de silos como en Africa, es decir, en fosas, donde se ha quemado paja por dos ó tres días, para extraer su humedad, y después se cierran con arcilla y se recubren con un montón de tierra.

Grau es una de las ciudades mas notables de esta comarca y de las mas antiguas de Hungría. Algunos escritores pretenden que fue fundada ciento cincuenta y cinco años después del Danubio; pero lo que hay de cierto es, que fue residencia de San Estéban, el primer rey cristiano de Hungría, y la fuente vivificadora de donde las lecciones del Evangelio se aparecieron al trance de los pueblos bárbaros del país. En el siglo XIII era una rica ciudad comercial frecuentada por una porción de mercaderes franceses, italianos y alemanes.

Toda esta prosperidad fue destruida en 1241 por los tártaros que invadieron y asolaron la comarca.

Bela IV volvió á levantar las murallas de Grau y construyó muchas iglesias; pero las guerras civiles que por tantos siglos agitaron



EL CRISTIANISMO Y SUS PERSECUCIONES.—Calvino.

la Hungría, fueron para esta ciudad un nuevo azote. En 1543 cayó en poder de los turcos que acabaron de derribar sus iglesias y arruinar sus conventos. Reconquistada por las armas de Austria, fue por segunda vez tomada y saqueada por los musulmanes, y no llegó á verse libre de su poder hasta después de la gloriosa campaña de Viena.

Desde entonces ha sido Buda la capital de la administración del reino; Pesth, el punto principal de comercio, y Grau no ha podido reconquistar su pasado esplendor. La mayor parte de sus calles están sin empedrar, y sus casas dispersas en parte entre árboles frutales y jardines, le dan mas bien la apariencia de

una aldea que de una ciudad. Sin embargo, esta ciudad es la residencia del primer arzobispo del reino, lo cual basta para que conserve una supremacía que ninguna otra puede disputarle.

El actual arzobispo continúa la obra de la nueva catedral, cuyos cimientos habia echado su predecesor; pero la continúa bajo un plan mas completo y con mayores proporciones. A pesar de la andamiada que la rodea todavía por muchas partes, puede ya juzgarse del efecto que producirá este colosal edificio. Tiene dos magníficos frontispicios, uno que mira hacia el Danubio y otro hacia la ciudad. La bóveda de la capilla mayor recuerda con sus dimensiones las magestuosas bóvedas de las iglesias góticas; el coro y las capillas laterales presentan el mismo imponente aspecto. Debajo de esta nave hay otra iglesia oscura y triste, donde se han de sepultar los prelados y canónigos y donde ha de celebrarse el oficio de los difuntos.

En el frontispicio que mira hacia el Danubio, se ven tres colosales estatuas. Las paredes interiores están revestidas de mármol; las columnas que sostienen la cúpula son de mármol también, y muchos artistas alemanes y húngaros se hallan trabajando en los cuadros que deben adornar los altares.

Pero lo que imprime un carácter de mayor grandeza á este edificio es su situación, pues se levanta sobre una montaña y domina toda la comarca.

La Hungría encierra diferentes sectas religiosas. Hay allí reformados de la confesión de Augsburgo, reformados de la confesión suiza, divididos en varios partidos, griegos unidos y no unidos y judíos.

El culto protestante no fue autorizado en Hungría hasta 1608, y no ha sido realmente libre hasta después de 1791. Y solo de pocos años á esta parte se han admitido protestantes como profesores en la universidad de Pesth.

La secta luterana cuenta en este reino 793,000 almas y 588 sacerdotes; los reformados son en número de 1.600,000, y tie-

TRAJES ANTIGUOS.



Soldado de los primitivos godos.



Militar godo del siglo VII.

nen 1,070 sacerdotes. Ambas sectas se dividen en parroquias y distritos, dirigidos por cuatro superintendentes.

La Iglesia griega unida se compone de cuatro obispos, 1,367 sacerdotes y 864,000 almas.

El Estado no contribuye á los gastos de este culto; los protestantes están obligados á pagar sus pastores y sostener sus escuelas.

La Iglesia griega no unida, relegada á la estremidad meridional del reino en la Croacia y la Eslovenia cuenta 2,300 sacerdotes y 174,000 almas. Sus obispos son admitidos desde 1792 á sentarse en la cámara alta, pero ocupan en ella los últimos puestos y no tienen derecho á votar.

Los judíos llegan á 252,000 y se les ha permitido el libre ejercicio de su culto mediante una contribucion anual.

Sobre todas estas diferentes sectas se levanta la religion que ha salvado á los húngaros de la barbarie, la religion fecunda por la sangre de los mártires, la religion que durante ocho siglos ha vivido del amor del pueblo, como una madre del amor de sus hijos, que ha llorado y pedido con él, que con él ha combatido y esperado: el catolicismo profesado en Hungría por 6.000,000 de hombres.

San Estéban, al fundar el arzobispado de Grau y diez y nueve obispos, los dotó magníficamente. Muchos de sus sucesores se señalaron con nuevas fundaciones y donativos religiosos, de modo que el clero húngaro vino á poseer la tercera parte del reino, y como en cierta época toda la instruccion se hallaba concentrada en su seno, el clero estaba llamado á dirigir los asuntos mas difíciles y á ocupar los mas altos empleos. El tiempo y las circunstancias le han quitado parte de sus bienes y de su poder. Sin embargo, todavía es uno de los cleratos mas bien dotados de Europa.

Dos prelados componen el primer orden del Estado. Son de derecho individuos de la alta cámara y ocupan en ella el primer puesto. Han conservado en muchos puntos hasta en materia temporal, una autoridad independiente y una jurisdiccion particular. Mientras los nobles no sabian sino sellar con el pomo de su espada el pie de sus escritos, los registros del estado civil estuvieron en manos del clero católico; los cabildos y los conventos redactaron y pusieron bajo su salvaguardia las transacciones de los particulares; testamentos, contratos y poderes. Estos establecimientos fueron designados en las antiguas leyes del reino con el nombre de *loca credibilia*. Todas las actas que lleven su sello hacen fe en juicio. Además, el prelado y su cabildo forman un tribunal de justicia, al cual están reservadas ciertas causas como las que pueden nacer de la redaccion de un testamento, de las diferentes vicisitudes de un matrimonio, de la accion de un falso juramento, etc.

El clero húngaro reúne á sus muchas atribuciones el ejercicio del profesorado: gran número de jóvenes hacen sus estudios en las escuelas de los benedictinos y franciscanos, y mas de quinientos sacerdotes están empleados como profesores en las academias, liceos y otras instituciones escolásticas del reino.

Los sacerdotes católicos se hallan como los nobles exentos de todo impuesto, é investidos de varios privilegios. Pero no tienen derecho á tomar parte en las reuniones de los landgraviatos y en las juntas electorales.

El cura de campo disfruta de una casa y de un terreno mas ó menos grande que los aldeanos de su parroquia cultivan gratuitamente. Cada familia debe dar además al cura una cantidad de trigo ó vino, segun la naturaleza de su terreno, y además tiene éste la sexta parte del diezmo que todos los aldeanos deben pagar al obispo.

Cuéntanse en Hungría, en la comunión católica 5.200 sacerdotes, capellanes ó vicarios; 149 conventos de frailes; 12 de monjas; 222 canónigos; 117 canónigos honorarios; 135 abades titulares; 21 abades con la categoría de prelados; 3 arzobispos y 20 obispos.

Seria difícil establecer de una manera cierta las rentas de los conventos y de los obispos, porque provienen de distintas propiedades, cuyos verdaderos productos no se conocen con exactitud. Sin embargo, las rentas del arzobispado de Kolotscha pueden calcularse aproximadamente en 520,000 rs.; las del Erlau en 800,000 y las del Grau no bajan de 8.000,000.

En otro tiempo estaban estos prelados como los nobles, obligados á formar en caso de guerra cierto número de hombres y mandarlos á los campos de batalla. Hoy están los obispos dispensados de esta obligacion; pero emplean sus rentas en sostener escuelas, en costear la educacion de jóvenes pobres, y en fundar establecimientos de utilidad general.

J. MARMIER.

MAS SOBRE EL CIGARRO. (1)

Atrevimiento mayúsculo es pretender, rebajar nada menos que al cigarro.

Es una temeridad de primer orden criticar un objeto en general tan aceptado.

Además siendo infinitamente mayor el número de los que fuman que el de los enemigos del tabaco, no dudo que mis débiles esfuerzos so o sirvan para atraerme el desden de los fumadores y el odio de algun estanquero.

Pero sobre gustos no hay escrito.

¿Y por qué yo, enemigo de los puros, he de leer impasible esas alabanzas entusiastas que un amante apasionado dedica á su adorado puro?...

¿Cómo he de consentir que ese fanático ensalce y decante á su placer ese envoltorio, tanto como se lo permite su decidida aficion?...

No, y mil veces no.

Alzada la visera y pluma en ristre, entro en la palestra á luchar contra ese gusto insustancial.

—¿Qué tal, queridos lectores?... ¿Os parece justo el reto?.....

—¡Sí!

—¡No!.....

Pese á vuestras afirmaciones y negaciones, allá voy.

No sé de cuándo datará mi aversion al tabaco ni qué causas me indujeron á tomarle tal hastío, pero se comprende que tendria la culpa alguna maldita tagarnina. Efectivamente, el efecto trágico que causó en mi estómago un veneno de dos cuartos, me inspiró tal horror á los cigarros que no puedo ver uno con calma, ni percibir su fatal olor sin estremecerme.

Las mortales ansias que aquel malaventurado dia pasé, no se borrarán nunca de mi memoria.

Si pido á Dios que me libre de algun viaje en diligencia, es por no sufrir á esos eternos é indispensables fumadores que siempre depara la fatalidad en aquellos estrechos recintos.

Si algunas veces me abstengo de charlar con mis amigos en el café, es por no respirar aquella densa é insoportable atmósfera que forma el humo de tantos cigarros.

Puedo asegurar, con perdon de ustedes, que mi olfato es tan fino como el de un perro pachon. Esta es una de mis mayores desgracias; porque si al menos fuese inodoro, me ahorraba de tantos percances.

A pesar de lo «saludablemente provechoso de mi colega,» el cigarro es perjudicial á algunas personas. ¿Cómo no? Mil ejemplos lo acreditan. Y sobre todo, sin recurrir á hechos pasados, vemos algunos pollos víctimas de su vanidad delgados y chupados de puro chupar cigarros.

¿Y qué diré de aquellos fumadores descuidados cuya boca se asemeja á un hornillo de fábrica de fundicion y cuyos dientes negruzcos y dedos tostados son el ejemplo mas anti-higiénico y anti-curioso de ese detestable vicio?

Dice el *amante del tabaco* que las mujeres

(1) Insertamos con mucho gusto este artículo en que se impugnan las ideas sobre el cigarro contenidas en otro que vió la luz pública en el núm. 11.

se pirran por los jóvenes que ostentan en la boca sendos habanos. ¿Es posible que tengan las hijas de Eva un gusto tan estragado?

Desengáñese usted, querido colega, las mujeres por lo que se pirran es por oír de la boca de esos mismos pollos, protestas de amor, requiebros y toda clase de lisonjas.

Pero ha dicho tambien mi antagonista:

«Privadme enhorabuena de toda clase de diversiones, pero de un puro, jamás.»

¡Oh poder del vicio! ¡Preferir á cualquier goce ese envoltorio de hoja!

En cuanto á los apuros del fumador sin tabaco, poco me importan. Solo deploro el ascendiente que tiene sobre ellos esa planta ultramarina. Antes se privan de cualesquiera necesidad que de una cajetilla.

Sobre los gorriones de que se lamenta mi antagonista, diré que si no hubiese tabaco no habria fumadores ni por lo tanto gorrillas.

Sufra con paciencia sus ataques, pues al par que mantiene un placer que tanto defiende, cumple con una obra de caridad muy importante.

Mucho hay que decir en contra de ese vicio, pero los estrechos límites de este periódico y mas que todo un olorcillo á tabaco que empiezo á notar, me impiden seguir escribiendo como deseaba.

PEDRO F. REYMUNDO.

AL INSPIRADO AUTOR DEL DRAMA

VENGANZA CATALANA.

UN SALUDO.

Perdonadme si hasta vos
Se elevó mi fantasía...

Que Dios os guarde, García,
García, guardaos Dios.

Reñida ya que liviana
Mi pluma á vos ha llegado,
Mas, por Dios, que me ha gustado
La *Venganza catalana*.

Al ver tal obra, García,
¿No comprenderá el mas niño
La grandeza y el cariño
De Roger y de María?...

¿Habrà un solo corazon
Que no acrimine tal vez
La traicion, la doblez,
De Miguel y de Gircon?...

¿No es verdad que aun sin querer,
En seguida se repara
La rudeza de Naclara
Y el celo de Berenguer?...

¿Qué pecho habrá que no pene,
Si penar puede un momento,
Ante el rudo sufrimiento
De Alejo y su hermana Irene?...

Y al ver á Miguel vencido,
¿Quién no llegará á creer
Que *patria de la mujer*
Es el amor del marido?...

¿Habrà en el hispano suelo
Quien pueda escuchar tranquilo
La galanura, el estilo,
De aquellos versos modelo?...

Mi inteligencia es profana,
Nadie á escribir me ha enseñado,
Mas, por Dios, que me ha gustado
La *Venganza catalana*.

No puedo sin gozo ver
El arrojo, los afanes,
De los bravos catalanes
Que obedecen á Roger.

Y despues, al presenciar
La venganza de María,
Siento impulsos de alegría
Con deseos de llorar.

Por eso yo que la llama
Del genio ante vos acato,
Os doy gracias del buen rato
Que me ha dado vuestro drama.

Por eso desde el seguro
Recinto, en hispana zona,

De la condal Barcelona
Dó vivo; humilde y oscuro,
De vuestro talento en pos
Esclamo con alegría:
Que Dios os guarde, García,
García, guardaos Dios.

TOMÁS Y SALVANY.

LOS CUATRO ENRIQUES.

Era una noche en que llovía á mares, cuando según se cuenta una vieja que posaba en el país por bruja, y que habitaba una pobre cabaña en el bosque de San German, oyó llamar á su puerta: abrió y vió á un caballero que demandaba hospitalidad. Introdujo el caballo de éste en un granero é hizo pasar adelante á su huésped. A la claridad que despedía una lámpara humosa, conoció que era un joven de la nobleza. Si la persona revelaba la juventud, el traje revelaba la condición. Alumbró el fuego la vieja, y preguntó al caballero si quería comer alguna cosa, y como el estómago es á los diez y seis años, á par que el corazón, tan ávido como poco escrupuloso, aceptó nuestro huésped el pedazo de queso y de pan negro recién salido de la artesa, que era lo único que podía ofrecerle la dueña de aquella pobre cabaña.

—No tengo otra cosa, dijo la vieja al joven: esto es lo único que me dejan, para poder ofrecer á los viajeros, el diezmo, los tributos, los impuestos y demás contribuciones que pesan sobre mí; sin contar con que los pillos de los alrededores se sirven de la fábula que ellos promueven de que soy una bruja, para robarme sin escrúpulo de conciencia los productos de mis pobres campos.

—Pardiez, dijo el joven noble, si yo llegase á ser alguna vez rey de Francia, haría que se suprimiesen los impuestos y que se diese la competente instrucción á los pueblos.

—Dios os oiga, respondió la vieja.

Al llegar á esto se aproximó el joven á la mesa con ánimo de empezar su refrigerio; pero se detuvo al oír que llamaban de nuevo en la puerta. Abrió la vieja y vió otro caballero calado por el agua y que pedía hospitalidad. Concediósele en efecto; y apenas entró el nuevo caballero, cuando se pudo observar también que era joven y noble como el primero.

—¿Sois vos, Enrique? dijo el uno.

—Sí, Enrique, contestó el otro.

Ambos se llamaban Enriques, y según pudo conocer la vieja, de la conversación que los dos jóvenes comenzaron á seguir, ambos á dos formaban parte de la numerosa partida de caza que había acompañado al rey Carlos II y que una tempestad había dispersado.

—Buena vieja, dijo el reciénvenido, ¿notáis nada más que darnos?

—Nada, respondió ella.

—En ese caso, dijo él, dividámoslo lo que haya.

El primer Enrique hizo un gesto de desagrado; pero al contemplar la mirada resuelta y las apariencias nerviosas del segundo Enrique, dijo con triste acento:

—Partámoslo, pues.

Encerraban estas palabras el pensamiento que no osó revelar de «partámoslo, no sea cosa que él se lo lleve todo.»

Sentáronse pues cara á cara, y ya uno de ellos iba á cortar el pan con su daga, cuando se oyó llamar á la puerta por tercera vez. El encuentro era singular: el que venía era nada menos que otro noble, y éste noble era también joven, y este joven se llamaba también Enrique. La vieja se puso á contemplarlos con sorpresa. En tanto el primero quiso ocultar el queso y el pan; pero el segundo lo colocó de nuevo sobre la mesa y puso su espada junto á uno y otro. El tercero se sonrió.

—¿Con que es decir que no quereis darme

de vuestra cena? dijo él. Pues señor, no me importa, porque tengo buen estómago y podré esperar.

—La cena, dijo el primero, pertenece de derecho al que llegó antes.

—La cena, dijo el segundo, pertenece al que sabe defenderla mejor.

Encendióse el tercer Enrique en cólera al oír esto, y dijo con arrogancia:

—Tal vez pertenezca al que mejor sepa conquistarla.

Apenas hubo proferido estas pajabras, cuando el primer Enrique empuñó la daga y los otros dos tiraron de la espada con ánimos recíprocos de venir á las manos. En esto se oyó llamar á la puerta de nuevo, y apareció á poco otro joven que también era noble y también se llamaba Enrique como los otros tres. El recién llegado que vió las espadas desnudas desenvainó también la suya, y se puso á dar mandobles al tun tun, al lado del que creyó más débil. La vieja corrió á ocultarse, y las espadas continuaron estropeando cuanto estaba á sus alcances. Cayó la lámpara al suelo y á pesar de la sombra en que quedó envuelta la estancia, continuaron los cuatro combatientes sus tajos y mandobles. Mas luego el ruido de los aceros se fue poco á poco debilitando, hasta que cesó del todo. Entonces salió la vieja de su escondite, y á la luz de la lámpara que alumbró de nuevo, vió á los cuatro jóvenes tendidos por tierra y heridos todos cuatro, aunque no de gravedad. La pobre mujer los examina y halla que no tenían otra cosa sino que la pérdida de sangre que habían sufrido, y el cansancio los había debilitado hasta el punto de hacerlos caer. Poco á poco se fueron levantando uno tras de otros los cuatro Enriques, y avergonzados de lo que habían hecho, se echaron á reír diciendo:

—Vaya, comamos en buena armonía y sin acordarnos de lo que ha pasado.

Pero fue el caso que, cuando se trató de buscar la cena, se la encontró echada por tierra y hasta mojada en sangre. Entonces fue cuando todos cuatro suspiraron aquellas pequeñas provisiones que antes habían desperdiciado. En tanto que esto pasaba, la pobre vieja, sentada en un rincón, contemplaba con ojos de fiera á aquellos cuatro jóvenes que así habían sido causa del descalabro en que había quedado su pequeña cabaña.

—¿Qué tienes que mirarnos tanto? dijo el primer Enrique, á quien la mirada fija de la vieja intimidaba.

—Miro vuestros destinos, que lleváis escritos en vuestras frentes, respondió la vieja.

Entonces el segundo Enrique le ordenó con dureza que se los revelase, y los dos últimos jóvenes insistieron en su petición con la sonrisa en los labios.

—Pues bien, oid, dijo la vieja. Del mismo modo que os habeis visto reunidos en esta cabaña os vereis reunidos por un destino común á todos cuatro, y así como habeis hollado con vuestros pies, y mojado con vuestra sangre el pan que la hospitalidad os ha ofrecido, hollareis y manchareis con sangre el poder que podríais amigablemente repartiros. Como habeis devastado y empobrecido esta cabaña, devastareis y empobrecereis la Francia; y como habeis sido heridos en la sombra, todos cuatro perecereis á manos de la traición y de muerte violenta.

Los cuatro jóvenes se rieron de la predestinación de la vieja.

Estos cuatro jóvenes eran los cuatro héroes de la liga, dos como jefes de ella y dos como sus enemigos.

Enrique de Condé, envenenado por su mujer en San Juan de Angely.

Enrique de Guisa, asesinado en Blois por los Cuarenta y cinco.

Enrique de Valois (Enrique III), asesinado por Santiago Clemente en Saint-Cloud.

Enrique de Borbon (Enrique IV) asesinado en París por Ravaillac.

RAMON DE SATORRES.

VIAJE DE AMDEIXDEF Á LAS REGIONES

SUBMARINAS.

I.

No hace mucho tiempo que me hallaba sirviendo en la marina inglesa. Mi afición al mar había sido muy decidida hasta el día en que me embarqué en clase de marinero, para defender en caso necesario á mi querida patria.

No quiero referiros mis aventuras y desventuras en los primeros días de navegación; son tan tristes, tan lánguidas, como mi cuerpo en aquellos momentos de mareo y de fastidio.

Ya iba acostumbrándome al movimiento de la embarcación, al ruido de la máquina, y á dormir con estrechez, cuando una mañana, de infeliz memoria, trajo á la mia las descripciones de las tempestades y borrascas marítimas que había leído en las novelas inglesas y en las francesas sobre todo. Los truenos, los relámpagos, la lluvia y el viento nos atacaban por arriba, mientras que los bramidos del mar y las montañas de agua nos hacían la guerra por abajo, ya elevándonos á las nubes, ya hundiéndonos en el abismo.

La noche anterior era tan bonancible y su viento tan favorable, que el capitán había resuelto hacer un gran ahorro de carbon, aprovechando la ocasión de navegar á toda vela con viento en popa: la tempestad nos sorprendió con las velas tendidas, y era preciso recogerlas sin pérdida de momento; dadas las órdenes para ello, trepamos á la primera gavia del palo mayor, un oficial, un marinero y yo; pero al querer soltar la vela dió una sacudida tan fuerte la embarcación que nos arrojó á larga distancia en medio de las olas.

Quisieron socorrernos desde el buque; pero fue inútil, y nos resignamos á morir ahogados viendo la imposibilidad de la salvación.

Pocos minutos habíamos luchado con el agua para no irnos á fondo, cuando una ola inmensa, volviéndonos cabeza abajo nos sepultó en lo profundo.

Perdí la esperanza hasta de ver á mis compañeros naufragos, y me quedé sin sentido.

II.

Cuando volví en mí, me encontré rodeado de rocas, sobre un poco de agua y al lado de mis compañeros; los tres nos mirábamos sin dar crédito á lo que veíamos.

De pronto oímos una voz que cantaba desentonadamente, y apareció ante nuestra vista un monstruo mitad hombre y mitad pez, que colocándose entre nosotros siguió cantando con ridículos gestos y trágicos accionados.

Le escuchábamos con asombro y no quisimos interrumpirle.

A lo lejos vimos pasar un grupo de monstruos semejantes al que teníamos presente: todos eran extravagantes y llevaban los cabellos erizados en forma de penacho.

(Se continuará.)

LA VENGANZA DE UN ÁRABE.

(MEMORIAS DE UN ANACORETA.)

I.

Nací en un país cálido; inmensos desiertos de arena rodeaban el delicioso oasis en que tenía mi morada.

Era árabe, y según decían, cuando joven estaba muy hermoso con mi pintoresco traje.

Sin pensar más que en la caza y en los placeres propios de un joven que vive solo en el desierto, llegué á los diez y siete años.

Nunca había visto más mujer que mi buena madre, así es que mi corazón no había sentido otro amor que el que á ella profesaba. Criado á su sombra no conocía los vicios y me encantaba el practicar las virtudes que debe tener un buen musulmán.

Dar hospitalidad al viajero que atravesaba el desierto, era el mayor de mis placeres; pues



VIAJE DE AMDEIXDEF.—Le escuchábamos con asombro y no quisimos interrumpirle.



Todos eran extravagantes y llevaban los cabellos erizados.

ellos me daban noticia sobre el mundo que yo no conocia.

Hasta entonces era completamente feliz.

II.

En una de las caravanas que llegaron á mi casa, iban una mujer anciana y una jóven de unos diez y seis años.

Después de mi madre, aquellas mujeres eran las primeras que veía y es imposible explicar la impresion que hicieron en mi alma.

La jóven era hermosa y bien formada, y á las dos prodigué mis mayores atenciones.

Supe que eran españolas que iban á Orán.

No sé por qué, pero aquella jóven me impresionó de tal modo, que me llegué á enamorar de ella.

En mi sencillez no comprendí que Inés no podía amarme: era hija de un noble poderoso y yo no pasaba de ser un pobre árabe, si me comparaba con ella.

Dos días estuvo en el oasis, y cuando partió....

¡Ah! no supe lo que me hice. El corazón había vencido á la cabeza y la declaré mi amor.

Apenas había acabado de hablar, cuando sentí que su látigo se cruzaba sobre mi rostro.

Aquel desprecio, aquella humillacion, aquel latigazo, hicieron que la sangre ardiera en mis venas, y caí al suelo desmayado.

No sé cuánto tiempo estuve sin sentido; cuando desperté de aquel letargo, me encontré en mi lecho, pero solo, abandonado como un perro.

Llamé y nadie contestó; salí de mi habitacion y en el patio mis ojos vieron que los españoles que ocupaban á Orán habían hecho una invasion en el desierto, y al retirarse habían degollado á los habitantes del oasis.

Allí estaban mis padres ensangrentados.... muertos por los infames, y yo... yo era impotente entonces para vengarlos, porque me moría....

Mi dolor fue inmenso, pero ninguna lágrima asomó á mis ojos.

Sobre aquellos cadáveres palpitantes aun, juré vengarlos si sobrevivía á mi desgracia.

III.

Ocho meses estuve enfermo luchando entre la vida y la muerte; al fin mi naturaleza robusta y fuerte triunfó, y viví para poder vengar dos ultrajes.

Vendí todo lo que me quedaba y partí á España.

En Sevilla encontré la mujer que buscaba. Y allí estaba tambien el conde de Silva que mandaba las tropas españolas en su invasion en el desierto.

Allí pues estaba mi venganza y allí resolví quedarme.

¡Qué hermosa es Sevilla! ¡Qué feliz hubiera sido en ella, si Inés no me hubiera despreciado cuando por segunda vez la importuné sobre mi amor!

Pero estaba escrito que debía vengarme de aquella mujer y así fue.

Corrompí á sus criados y supe por ellos que el conde de Silva se iba á casar con Inés.

Mi venganza podía ser mayor.

Aquella noticia me llenó de una alegría feroz.

Yo era árabe y recordaba con dolor la invasion de los españoles en el desierto. Era hombre y había devorado en silencio mis lágrimas al recordar los desprecios y el latigazo de la española.

Necesitaba venganza, pero una venganza lenta, horrible; una venganza árabe.

Y la tuve.

La noche que el conde de Silva debía unirse con Inés, apareció cosido á puñaladas.

Aquel fue el primer golpe.

Nadie conoció al matador, ni la justicia lo pudo averiguar.

Inés lo supo, porque yo se lo dije para saborear el placer de verla llorar.

IV.

Mis padres estaban vengados.

Faltaba el vengarme yo, é iba á poner en planta mi proyecto.

Pero me dió lástima aquella mujer á quien tanto acababa de hacer sufrir, y vacilé....

Entonces volví á hablarla de mi amor, reiteré mis súplicas y.... tuve por contestacion, otro desprecio.

No pude ya resistir mas; aquello era demasiado.

En mis sueños saboreaba el placer de mi nueva venganza.

Un día, Inés bebió un pócima infernal, un veneno de esos que matan lentamente embotando los sentidos.

Y yo comprando la entrada á puñados de oro, estuve en su habitacion toda la noche repitiendo á sus oídos con diabólico placer, toda la historia de mi venganza.

¡Qué horrible es el recuerdo de aquella noche!

Inés murió al día siguiente y entonces partí al desierto y lloré ante la tumba de mis padres, porque ya había cumplido con el deber de un buen hijo: los había vengado.

Después renegué de mi religion y abracé el catolicismo. Los ministros de Dios en la tierra han perdonado mis crímenes.

¡Quiera El perdonármelos en el cielo!!

M. SECO.

MÁXIMAS.

El que sabe leer, sabe ya la mas difícil de todas las artes.

Duclos.

Si los pícaros fuesen capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombre de bien, serian hombres de bien por picardía.

Francklin.

RECTIFICACION.—Equivocadamente se puso en el número anterior al último grabado, *El Ferrol*, debiendo decir: *Vigo por su parte oriental*.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe a la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.